



MUJERES CÉLEBRES.

DA BEATRIZ GALINDO (LA LATINA)

DOÑA BEATRIZ DE GALINDO.

Entre los nombres de las mugeres sabias y eruditas que durante el reinado de Isabel la Católica, demostraron cuanto puede el ejemplo del jefe del Estado, para que reformadas las costumbres se convierta de ligero y desmoralizado, en previsor y virtuoso, de ignorante y rudo en ilustrado y culto, sobresale el de aquella muger singular á quien por su especial saber en el idioma y la literatura del Lacio, se dió el honroso sobrenombre de *la latina*. Ofreciendo en aquella época notable y fecundo ejemplo, ilustres damas españolas, segun ya indicamos en la biografía de Isabel la Católica, eran las primeras en seguir el movimiento intelectual, tan poderosamente iniciado por la Reina de Castilla. Doña Maria Pacheco y la Marquesa de Monte-agudo, daban con su instruccion nuevo lustre á la esclarecida familia de Mendoza, mientras en una cátedra de Alcalá se escuchaban las elocuentes lecciones de retórica de la hija del historiador Lebrija, y en otra de Salamanca, enseñaba la docta Doña Lucía de Medrano los clásicos latinos.

Doña Beatriz Galindo, sin embargo, distinguióse entre todas ellas, considerándose con razon como una de las mugeres mas sabias que han vivido en España.

Hija de una familia antigua y distinguida, originaria de Zamora, dispútanse la honra de haberle servido de cuna el año de 1475, Madrid y Salamanca, aunque la segunda tenga en su apoyo la opinion mas generalmente seguida.

Niña era todavía de ocho á diez años, y ya su decidida afición á las letras se manifestaba de tal modo que en los ratos de esparcimiento,

en lugar de entregarse á juegos infantiles, se ocupaba solo en la lectura de cuantos libros podia obtener. Destinada al claustro, y á fin de que comprendiese las oraciones de la Iglesia, enseñáronla sus padres la lengua latina; y con tal rapidez adelantó en su estudio, con tal asiduidad se dedicó en seguida al de los antiguos clásicos, que á los diez y seis años, y en aquella época en que Salamanca era llamada y con razon, la Atenas española, alcanzaba Doña Beatriz un renombre envidiable por sus especiales conocimientos. Consagrada despues con el mismo afán al estudio de la filosofia y otras varias ciencias humanas, hizo en ellas tan rápidos progresos, que en breve fué considerada *la Latina* como un verdadero prodigio de instruccion y de talento.

Con esto la fama de aquella jóven singular llegó á la corte: Doña Isabel que tanto distinguió siempre á las personas de verdadero mérito quiso conocerla; y al ver la extension de sus conocimientos, la nombró su maestra en la lengua y literatura latina.

Dedicada desde entonces esclusivamente á la enseñanza de la Reina, la hizo ésta en breve su camarera, honrándola con su íntima confianza y haciéndola que olvidase sus primeros propósitos de dedicarse al claustro, pues comprendia bien aquella princesa, tan ilustrada como piadosa, que igualmente puede servirse á Dios en todos los estados de la vida. Mas adelante en 1495, y queriendo darla un esposo digno de ella, la enlazó con el célebre D. Francisco Ramirez de Madrid, aquel distinguido jefe de la artillería de los ejércitos españoles, que tantas pruebas de su inteligencia y de su denuedo habia dado en la guerra de Granada. Pocos años gozó sin embargo de la felicidad conyugal que le ofrecian las buenas prendas de su esposo, tan esforzado campeón como cumplido caballero. Peleando con los moriscos rebelados en Sierra Bermeja, murió en el año de 1501, y Doña Beatriz quedó viuda cuando apenas contaba veinte y seis años de edad, sin que volviese á dar oídos á las amorosas palabras que varios señores de la corte le dirigieron, porque siempre decia, que la fidelidad de los esposos debe durar aun mas allá de la muerte.

El cuidado de dos tiernos hijos que le recordaban constantemente

al compañero de su vida; el servicio de los reyes y el estudio de las ciencias, ocupaban exclusivamente su atencion sin dejarle espacio para livianos pensamientos. Mas de una vez los mismos reyes, conociendo su prudencia y sabiduría, la consultaban en graves negocios de Estado, y eran tales las distinciones que merecia á Doña Isabel, que mas bien podia considerarse como su amiga que como su camarera. Y es que la Reina comprendia, al tributarle tantos honores cuanta es la gratitud que debemos á nuestros maestros, verdaderos padres de nuestra inteligencia, como lo son de nuestra vida los que nos dieron el sér.

Doña Beatriz pagaba tantas distinciones con el mas entrañable cariño; y cuando en 1504 cerró sus ojos á la luz para siempre la Reina Católica, su compañera y antigua maestra fué acompañando sus restos hasta la ciudad de Granada, sufriendo las horribles penalidades de aquellas tristes jornadas, y dando con ella á su régia discípula la última prueba de su profundo amor.

Despues, retiróse á Madrid donde sin fausto ni ostentacion alguna vivia completamente retirada del mundo, consagrada á la educacion de sus hijos, y á obras piadosas y de caridad. La muerte de aquellos pedazos de su corazon acabó de sumirla en el aislamiento mas profundo, del cual quiso sacarla en vano repetidas veces el Rey Católico, que solo pudo conseguirle contestase, con su acostumbrada prudencia y sabiduría, á las cartas con que en repetidas ocasiones le consultaba sobre negocios de Estado.

A imitacion de aquella gran Reina, que al visitar los hospitales daba el cristiano ejemplo de servir por su propia mano á los pobres, habian concebido Doña Beatriz y su esposo el proyecto de fundar en Madrid, bajo la advocacion de la Concepcion, un hospital para los pobres, y á fin de darle la estabilidad y consistencia debidas, no solo habian obtenido el permiso de los reyes, sino que siguiendo las piadosas costumbres de la época, habian impetrado del Pontífice Alejandro VI la oportuna bula de ereccion, obteniéndola tan cumplida, que no solo alcanzaban sus privilegios y exenciones á los ministros de